Leer es mi cuento 25

Leer es mi cuento 25

Aventuras de Ulises

CHARLES LAMB

ILUSTRADO POR
CATALINA VÁSQUEZ

Aventuras de Ulises

Este libro es gratuito, prohibida su reproducción y venta.



Leer es mi cuento 25

Aventuras de Ulises

HOMERO

Versión de Charles Lamb

ILUSTRADO POR
CATALINA VÁSQUEZ



MINEDUCACIÓN
MINCULTURA
Leer es mi cuento
de cero a Siempre
TODOS POR UN NUEVO PAÍS
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN

*

MINISTERIO DE CULTURA DE COLOMBIA
Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL
Yaneth Giha
Ministra de Educación

**

AUTOR
Homero
Versión de Charles Lamb

ILUSTRADORA
Catalina Vásquez

TRADUCTOR
Juan Fernando Merino

EDITOR
Iván Hernández

COORDINADORA EDITORIAL
Laura Pérez

COMITÉ EDITORIAL
Consuelo Gaitán
Iván Hernández
Jorge Orlando Melo
Moisés Melo

***

Primera edición, 2017
ISBN 978-958-5419-55-1

Material de distribución gratuita.
Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.
Agradecemos solicitar el permiso escribiendo a:
literaturaylibro@mincultura.gov.co



Aventuras de Ulises

CAPÍTULO UNO

Los cícones --- El fruto de la planta del loto --- Polifemo y los cíclopes --- El Reino de los Vientos y el presente aciago del dios Eolo --- Los lestrigones devoradores de hombres

Esta historia relata las travesías de Ulises y sus hombres cuando regresaban de Troya, después de que aquella famosa ciudad de Asia fuera arrasada por los griegos. Ulises ardía en deseos de volver a ver a su esposa y su tierra natal, Ítaca, después de diez años de ausencia. Él era el rey de unos terrenos baldíos y de un país pobre en comparación de las fértiles llanuras de Asia que estaba dejando atrás, o de los ricos reinos en los cuales hizo escala durante su retorno; y sin embargo, dondequiera que llegaba, sus ojos eran incapaces de encontrar una tierra que le pareciera la mitad de dulce o de deseable que el suelo de su país. Esta añoranza lo llevó a rechazar la oferta de la diosa Calipso de que se quedara y compartiera con ella su inmortalidad en aquella deliciosa isla que habitaba, y ese mismo anhelo le dio las fuerzas suficientes para escapar de los embrujos de Circe, la hija del Sol.

Al partir de Troya, vientos adversos arrojaron a Ulises y su flotilla sobre la costa de los cícones, un pueblo hostil a los griegos. Ulises ordenó el desembarco de sus fuerzas, sitió la ciudad principal, Ísmaro, y tomó posesión de ella haciéndose con muchos despojos y dando muerte a buena parte de sus habitantes. Pero aquella victoria resultó nefasta para Ulises, ya que sus soldados, eufóricos con el botín y la abundancia de provisiones que encontraron en el lugar, se dieron a comer y a beber y se olvidaron de su seguridad, dando tiempo a que los cícones que habitaban aquella costa reunieran a sus amigos y aliados del interior y conformaran un prodigioso contingente que se abalanzó sobre los griegos mientras ellos con gran negligencia se entregaban al jolgorio y al festejo. Los atacantes dieron muerte a gran cantidad de griegos y recuperaron el botín. Los griegos, desalentados y reducidos en número, huyeron en penosa retirada hacia sus barcos.





Se hicieron a la mar afligidos por la dura derrota, pero en algo confortados al pensar que no habían sido destruidos por completo pese a la espantosa desventaja en que se encontraron. Al poco tiempo se abatió sobre ellos una tempestad espantosa que durante dos noches y dos días los zarandeó sin clemencia; al tercer día el clima amainó y tuvieron la esperanza de que un viento favorable los llevara de vuelta a Ítaca, pero al llegar al cabo de Malea, se levantó de repente un furioso viento del norte que los desvió de su rumbo y los empujó en dirección de Citera. Durante nueve largos días, vientos contrarios se empeñaron en conducir a los navegantes en dirección opuesta al punto al que se dirigían; el décimo día llegaron a una costa en la que habitaba una raza de hombres que se alimentaban de un fruto llamado “loto”.

Ulises envió a tres de sus hombres a tierra para que trajesen agua potable, y en su camino estos hombres se toparon con habitantes del lugar, quienes les dieron a probar el fruto que era su único alimento, no con mala intención hacia ellos, pero a final de cuentas resultó pernicioso, pues al comer el fruto les resultó tan dulce y embriagador que en un minuto olvidaron cualquier pensamiento de su patria, o de sus compañeros de viaje, o incluso de regresar a los barcos para dar noticia

de la clase de habitantes que poblaba el sitio. Lo único que querían era quedarse allí y vivir entre la gente del lugar y comer por siempre ese precioso alimento. Ulises envió entonces a otros hombres a buscarlos y a traerlos por la fuerza; los tres exploradores se resistieron y lloraron, y no habrían cambiado aquel alimento ni por el mismo cielo, hasta tal punto los había embrujado aquel fruto seductor. En vista de ello Ulises dio orden de que los ataran de pies y manos a los bancos de los remeros, y de que partieran con la mayor rapidez posible de aquella costa infausta, para impedir que otros tripulantes pudieran probar la flor del loto, que hace olvidar penas, deberes y hasta la nostalgia de la patria de origen.

Después de bordear durante toda aquella noche costas desconocidas y remotas, al amanecer llegaron los navegantes a la tierra en la que habitan los cíclopes, una especie de pastores gigantescos que no siembran ni aran sus fértiles tierras, que sin embargo les ofrecían ricas cosechas de trigo y cebada y uvas. Los cíclopes no tienen ni pan ni vino, no conocen el arte de cultivar la tierra ni se preocupan por conocerlo, ya que cada cual vive por su cuenta, sin ley ni gobierno ni nada parecido a un estado o a un reino.

Vivían en cavernas situadas en las laderas de sus montañas escarpadas; la casa de cada hombre era gobernada por su propio capricho, o no era gobernada en absoluto; sus esposas e hijos se comportaban tan sin ley como ellos mismos, ninguno cuidaba de los otros, sino que cada cual actuaba como a él o ella mejor le pareciera. Los cíclopes no tienen barcos ni botes, ni artífices para fabricarlos, ni comercio ni intercambio de productos; tampoco desean visitar otras costas, y no obstante cuentan con lugares convenientes para guarecer las naves y para embarcar mercancías.

Aquí bajó Ulises a tierra con doce de sus tripulantes para explorar qué clase de hombres vivían allí, si eran hospitalarios y amistosos con los extranjeros, o por el contrario del todo salvajes y feroces, ya que hasta el momento no habían puesto ojos en ningún habitante.

La primera señal de vida que hallaron fue una cueva de un gigante muy burdamente fabricada, de un tamaño que presagiaba las vastas dimensiones de su dueño; los pilares que sostenían aquella guarida eran los troncos de enormes robles o pinos, en el estado natural del árbol, y todo en la construcción mostraba más indicios de fuerza que de habilidad en quienquiera que la hubiese construido. Al entrar en la cueva, Ulises contempló asombrado los artefactos primitivos y la estructura desprovista del menor sentido artístico, y sintió gran curiosidad por conocer al inquilino de un

recinto tan extravagante. Suponiendo que los obsequios serían de mayor provecho que la fuerza para despertar cortesía en una criatura como la que intuía que habitaba aquel lugar, Ulises resolvió halagar su hospitalidad con un obsequio de vino griego, del cual tenía almacenados doce odres de un excelente y vigoroso licor.

Llevando consigo una jarra de piel de cabra llena de este precioso vino, se adentraron en los recovecos de la cueva. Allí se complacieron un día entero observando la cocina del gigante, donde se encontraba esparcida por doquier la carne de las ovejas y las cabras; su granja lechera, con la leche de las cabras almacenada en abrevaderos y baldes; y sus corrales, donde guardaba sus animales vivos, con excepción de aquellos que llevaba con él a pastar cuando salía por las mañanas.

Mientras Ulises y sus hombres se deleitaban a la vista de estas curiosidades, de repente quedaron ensordecidos sus oídos con un estruendo como el de la caída de una casa. Era el dueño de la caverna, que había estado afuera todo el día dando de comer a su rebaño en las montañas, como era su costumbre, y que ahora al atardecer los llevaba consigo de regreso a casa. Al llegar a la entrada, el cíclope había arrojado al suelo un enorme haz de leña, causando el pavoroso estrépito que habían escuchado. A la vista de tan desapacible monstruo, los griegos habían corrido a esconderse en los rincones más apartados de la cueva.

Era Polifemo, el más enorme y más salvaje de los cíclopes, que se jactaba de ser el hijo de Neptuno. Parecía más un acantilado que un hombre, y su brutal corpulencia encontraba equivalente en una mente igual de bruta. Hizo pasar al interior de la caverna a las enormes ovejas y cabras de su rebaño, las criaturas que le daban la leche, dejando fuera a los carneros y machos cabríos. Luego, agarrando un peñasco tan pesado que no habrían podido arrastrar veinte bueyes, la deslizó hasta la boca de la caverna tapándola por completo. Se sentó entonces a ordeñar sus ovejas y cabras, y cuando terminó su labor encendió el fogón; y al pasear su descomunal ojo alrededor de la cueva (porque los cíclopes tienen un solo ojo que está situado en todo el medio de la frente), a la luz tenue de la llama alcanzó a distinguir la presencia de Ulises y sus hombres.

—¿Quiénes sois, extranjeros? ¿Mercaderes o piratas? —bramó con una voz tan retumbante y pasmosa que los dejó sin aliento alguno para responder.

Solo el prudente Ulises reunió la presencia de ánimo para contestar, y le explicó que no venían por pillaje ni por comercio, sino que eran griegos que habían extraviado el rumbo a su regreso de Troya, famosa ciudad que el griego Agamenón, renombrado hijo de Atreo, había saqueado y reducido a escombros; sin embargo ahora se postraban humildemente a sus pies, a la vista de un ser al que reconocían como mucho más poderoso que ellos, y le rogaban que les concediera la hospitalidad por la gracia de Zeus, el dios omnipotente que se venga de todo aquel que maltrata a los viajeros y resiente ferozmente cualquier daño que se les cause.

—¡Qué imbécil! —dijo el cíclope—, venir desde tan lejos a predicar ante mí el temor de los dioses. A nosotros los cíclopes nos tiene sin cuidado vuestro Zeus amamantado por una cabra, según cuenta la fábula, y no nos importa ninguna de vuestras deidades. Somos más poderosos que ellos, y estamos dispuestos a desafiar en batalla al propio Zeus, por más que tú y todos tus congéneres de la tierra unieran fuerzas con él.

Dicho esto, el cíclope les ordenó que le dijeran dónde estaba el barco en el que habían llegado y si tenían otros compañeros. Pero Ulises, con su proverbial astucia, respondió que no tenían ningún barco ni compañeros, sino que eran unos desventurados a quienes el mar había destrozado las naves, arrojándolas contra las rocas de la costa, y solo ellos se habían salvado del naufragio.

El monstruo no respondió palabra, pero cogiendo a dos de los griegos más cercanos como si fuesen niños, golpeó sus cabezas contra el suelo, y, por más terrible que sea relatarlo, les arrancó las extremidades, y los engulló enteros allí mismo, aún calientes y palpitantes como si fuera una veloz merienda de leones. Al terminar lamió con gusto la sangre de sus víctimas, puesto que los cíclopes son devoradores de hombres, y consideran la carne humana un manjar muy superior a la carne de cabra o la de cordero; si bien a causa de su aborrecible comportamiento pocos hombres se aproximan a aquellas costas, con excepción de algunos viajeros rezagados, y muy de vez en cuando un marinero náufrago.

A la vista de una escena tan horripilante, Ulises y sus hombres parecían desquiciados. El cíclope, al terminar su bárbara cena dejó deslizar unas gotas de leche de cabra por su portentosa garganta, se recostó en el suelo y se quedó profundamente dormido entre sus cabras. Al punto Ulises desenvainó su espada, y tuvo la tentación de incrustarla con todas sus fuerzas en el vientre del monstruo dormido, pero en ese momento pensamientos más sensatos lo disuadieron, pues sin la ayuda del monstruo todos hubiesen perecido, ya que solo Polifemo era capaz de apartar aquella roca enorme que había colocado para taponar la entrada. De modo que se vieron obligados a pasar la noche entera sumidos en el temor.

Al amanecer despertó el cíclope, encendió el fuego, echó mano a otros dos desventurados prisioneros y se los comió para desayunar. Luego ordeñó sus cabras como de costumbre, y apartando la enorme roca con la misma facilidad con que un hombre cualquiera abre o cierra la puerta de una cerca, dejó salir a su rebaño, y lo fue guiando con silbidos (tan agudos como el viento en medio de una tormenta) en dirección de las montañas, dejando encerrados a los griegos en su caverna.

Pero Ulises, de cuya fortaleza y astucia el cíclope parecía no tener el más mínimo indicio, al quedarse a solas con sus tripulantes que el cíclope no había devorado, dio prueba manifiesta de hasta qué punto la sabiduría de un hombre puede aventajar a la fuerza bruta. De entre la madera que el cíclope tenía apilada para hacer fuego, eligió un tronco tan alto como el mástil de una nave, afiló uno de sus extremos hasta moldear una larga punta que endureció al fuego. Acto seguido seleccionó a cuatro hombres, los instruyó en lo que debían hacer con este tronco, y se aseguró de que conocieran a la perfección la parte que le correspondía hacer a cada uno.

Al anochecer llegó el cíclope con su ganado, y quiso el destino, ya fuese por su propia veleidad, o porque la mente del monstruo fue obnubilada por los dioses en su propio detrimento (como resultó ser el caso), que esta vez en contra de su costumbre condujo hacia el corral a los machos de su rebaño junto con las hembras. Luego de taponar la cueva con la roca, procedió a su espantosa cena. Cuando ya se había zampado dos griegos más, Ulises reunió la intrepidez necesaria para llevar a cabo su proyecto y tomando un cuenco de vino griego, jubilosamente retó al cíclope a que lo bebiera.

—Cíclope —le dijo—, acepta un cuenco de vino de la mano de tu huésped, podría serte benéfico para digerir la carne humana que has devorado, y así podrás apreciar también el sabroso licor que contenía nuestro barco antes de hundirse. Lo único que te pido en recompensa, si es que resulta de tu agrado, es que nos dejes marchar sanos y salvos. En verdad vas a tener pocos visitantes si sigues con esta costumbre de comerte a los invitados.





El bruto tomó el cuenco y bebió, disfrutando con muestras de entusiasmo el sabor del vino, que era un sabor nuevo para él; vació un nuevo trago y pidió que le dieran más y rogó a Ulises que le revelara su nombre, para así otorgar un regalo al hombre que le había dado a probar tan magnífico licor. Los cíclopes, le explicó, tenían uvas, pero este delicioso fluido, podía jurarlo, era simplemente celestial. De nuevo Ulises le ofreció el vino, y el muy tonto lo bogaba tan velozmente como podía servirlo. Una vez más preguntó cuál era el nombre de su benefactor, a lo cual Ulises respondió con ingeniosa simulación: “Mi nombre es Nadie: los parientes y amigos en mi propio país me llaman Nadie”.

—En ese caso— dijo el Cíclope—, esta es la amabilidad que te quería mostrar, amigo Nadie: primero me comeré a todos tus compañeros y a ti te dejaré de último.

A duras penas había acabado de manifestar la expresión de su salvaje amabilidad, cuando los efluvios del potente vino lo doblegaron y cayó en tierra dormido en un profundo sueño.

Vio Ulises que había llegado su hora, y mientras el monstruo yacía inerte alentó a sus hombres a actuar; estos colocaron el extremo afilado del tronco en el fuego hasta ponerlo al rojo vivo, y algún dios les concedió valor más allá del que solían exhibir, pues manejando el tronco con gran dificultad lograron clavar su parte afilada justo en el ojo del caníbal ebrio; y Ulises les ayudó con todas sus fuerzas a hundirlo más y más profundamente, con gran esfuerzo, como si fuese un taladro gigantesco, hasta que la sangre escaldada comenzó a brotar y el globo del ojo a despedir humo, y los conductos oculares se agrietaron, y el ojo siseaba, como sisea el hierro caliente cuando se sumerge en el agua.



Al despertarse, el monstruo empezó a dar bramidos de dolor, con alaridos tan estridentes que la caverna entera retumbaba como sacudida por los truenos. Ulises y sus hombres salieron huyendo y se dispersaron por los rincones más apartados. El cíclope se arrancó del ojo el tronco candente y enloquecido empezó a arrojarlo de un lado a otro de la caverna. Luego llamó con gritos formidables a sus hermanos, los otros cíclopes, que también habitaban en cuevas en las laderas de las colinas; al escuchar los terribles bramidos, acudieron presurosos, preguntando a los gritos: ¿Qué le pasa a Polifemo? ¿Y qué motivo había tenido para soltar aquellos pasmosos alaridos en medio de la noche interrumpiendo su sueño? ¿Aquel pavor había sido provocado por un mortal? ¿La fuerza o la argucia le habrían asestado un golpe letal?



Desde la cueva, Polifemo les respondió que Nadie lo había lastimado, que Nadie le había dado muerte, que Nadie se encontraba con él en el interior de la cueva. Al escuchar aquello, respondieron los otros cíclopes: “Si Nadie te ha hecho daño, y Nadie está contigo, entonces estás solo, y el Mal que te aflige ha sido enviado desde el Cielo, ante lo cual ninguno de nosotros puede resistir ni ayudar”. De modo que se fueron y lo abandonaron a su suerte, persuadidos de que a Polifemo lo aquejaba alguna enfermedad. El cíclope, ciego y a punto de perder la razón por el dolor que lo traspasaba, iba de un lado a otro gimoteando en la oscuridad en busca de la puerta, y cuando la encontró, apartó la roca y se sentó en el umbral. Estaba amaneciendo y ya los animales salían a pastar; a medida que salían, el cíclope los palpaba uno por uno para asegurarse que ninguno de los prisioneros pudiera evadirse junto con las reses.

Pero Ulises, cuyo primer artificio al presentarse ante el cíclope con aquel nombre ambiguo había surtido tal efecto, no era de un ingenio tan menguado como para dejarse atrapar por la inspección del cíclope a la salida de la caverna. Después de darle vueltas su mente a todas las maneras que se le ocurrían para escapar del monstruo (y teniendo en cuenta que la vida de todos los navegantes que habían sobrevivido dependía del éxito de su plan) a final de cuentas urdió la siguiente estratagema: usando las tiras de mimbre del jergón sobre el cual habitualmente dormía el cíclope, ató entre sí a los carneros más corpulentos y de mayor pelambre en filas de a tres, y debajo del vientre del carnero del medio amarraba a cada uno de sus compañeros, y en el trío final de carneros se ató a sí mismo, agarrándose con ambas manos y con toda su fuerza a las ensortijadas lanas del vientre del carnero más alto y fuerte de todos.

De repente los animales empezaron a salir velozmente; los machos iban adelante y las hembras, que no habían sido ordeñadas, se quedaban adentro balando y reclamando en vano que su pastor se ocupara de liberar las ubres llenas y adoloridas, tarea imposible pues muchísimo mayor era el dolor del monstruo por la pérdida de la visión. Mientras pasaban los machos por la puerta de la caverna, Polifemo palpaba sus velludos y encrespados lomos, sin que le pasara por la cabeza por un instante que llevaban sus enemigos bajo el vientre. Fue así como siguieron pasando, uno por uno, hasta el último de los carneros, que venía cargado por el peso de su lana abundante y el peso de Ulises. Polifemo lo detuvo un momento, recorrió su pelambre, en un momento dado colocando su mano sobre el cabello de Ulises sin tener idea de lo que era, y reprendió al animal por ser el último, hablándole como si pudiera entenderlo y preguntándole si no desearía que su amo recuperara el ojo que aquel abominable Nadie con su execrable estaca había sacado, después de haberlo derribado valiéndose del vino. El monstruo le pidió al carnero que le revelara en que rincón de la cueva se ocultaba su enemigo, a quien con sus propias manos quería extirparle los sesos y dispersarlos por el suelo, y así aliviar un poco su corazón que ardía por la abrumadora sed de venganza. Después de un rato de tan insensata conversación, Polifemo dejó que el carnero siguiera su camino.

Cuando Ulises se vio libre, se soltó de sus amarras y ayudó a desatar a sus amigos. Se dirigieron entonces a los barcos llevando consigo a estos carneros que tanto les habían ayudado. Los otros navegantes los recibieron con lágrimas en los ojos, como a hombres escapados de las garras de la muerte. Sacaron los remos y desplegaron las velas, y cuando se habían alejado de la costa la distancia suficiente para que a duras penas llegaran las voces, Ulises vociferó con todas sus

fuerzas: —Cíclope, no deberías haber abusado tanto de tu monstruosa fuerza como para devorar a tus invitados. Valiéndose de mi mano, Zeus te ha enviado tu merecido castigo por tu inhumano y salvaje proceder.

Al escuchar esto, el cíclope se puso terriblemente furioso, salió de la cueva, y en su ira arrancó un fragmento de roca y lo lanzó con furia ciega en dirección de los barcos. El proyectil estuvo a punto de dar de lleno en el barco en que navegaba Ulises, y al caer al agua produjo un oleaje tan feroz que empujó la embarcación hacia la playa.

—Cíclope —dijo Ulises—, si alguien te pregunta quién te ha causado tan horroroso desfiguramiento, diles que fue Ulises, hijo de Laertes y rey de Ítaca, a quien llaman el arrasador de ciudades.

Luego comenzaron a navegar a todo trapo, surcando veloces las aguas bajo el impulso de un viento de vendaval; los navegantes iban taciturnos al pensar en todas las pérdidas sufridas, pero también jubilosos de haber escapado con vida. Pasado un tiempo llegaron a la isla en la que reinaba Eolo, el dios de los vientos.

En aquel sitio Ulises y sus hombres fueron recibidos muy hospitalariamente por el monarca, quien les presentó a sus doce hijos que gobernaban los doce vientos. Eolo los atendió y agasajó durante todo un mes, y al final del mes los despidió con muchos obsequios, y a Ulises le entregó en el momento de la partida un gran odre de cuero de buey en el que estaban encerrados todos los vientos, excepto el viento del Oeste, que quedó fuera, para que soplara sobre sus velas y dulcemente los llevara de regreso a Ítaca. Ulises colgó el odre del mástil de su barco, atado por una brillante banda de plata muy firmemente ceñida para que no pudiese escapar ni un soplo. Sus compañeros de viaje no conocían su contenido, pero sospecharon que el monarca le había dado algunos tesoros de oro o plata.

Nueve días navegaron apaciblemente, en alas del viento del Oeste, y al décimo se aproximaron tanto a la costa, que podían discernir las luces encendidas en las orillas de su país natal... Pero, para su infortunio, vencido por la fatiga de vigilar largamente el timón, Ulises se quedó dormido. Los marineros aprovecharon la oportunidad y uno de ellos les dijo a los demás: “Sabrosa la vida de este líder nuestro; donde quiera que vaya no le faltan los regalos, mientras que nosotros nos marchamos todas las veces con las manos vacías; y mirad lo que el rey Eolo le ha obsequiado, este odre repleto sin duda de oro y plata”. Tales palabras fueron suficientes para que aquellos miserables codiciosos pasaran a la acción; tan veloces como el pensamiento desataron la bolsa, pero en vez de oro se precipitaron fuera con descomunal fragor todos los vientos.



Con el escándalo Ulises despertó sobresaltado y comprendió el error cometido por los marineros, pero ya era demasiado tarde, pues impulsado por todos los vientos el barco se alejaba de Ítaca y se dirigía a la isla de Eolo, de donde habían partido, deshaciendo en una hora lo que con gran labor y cuidado habían cubierto en nueve días de navegación… ¡Y pensar que ya habían tenido a la vista el hogar! Al contemplar la catástrofe ocurrida, sumido en el estupor y la furia, Ulises sintió la tentación de lanzarse por la borda y hundirse en el mar, tan grande era su amarga decepción. Finalmente, anonadado por la vergüenza fue a esconderse bajo las escotillas.

Cuando fueron a decirle que de nuevo habían arribado a la bahía del rey Eolo, fue casi imposible persuadirlo de que debería ir él mismo o enviar a un mensajero para pedir al monarca que los socorriera por segunda vez; hasta tal punto pesaba sobre él la deshonra de haber desaprovechado la prodigalidad real (por más que había sido una fechoría cometida por sus tripulantes y no por él mismo). Cuando por fin dirigió sus pasos hacia el palacio del rey, acompañado por un heraldo y encontró al monarca sentado en su trono, en medio de un festín con sus hijos, Ulises no quiso unirse al festejo, y como si fuese un ser indigno de estar en su presencia se sentó a esperar en el umbral.

La cólera se apoderó de Eolo al ver a Ulises regresar de tal manera, y al punto lo reprendió: — Ulises, ¿qué te trae de vuelta? ¿Tan pronto te has cansado de tu país? ¿O acaso no te agradó nuestro obsequio? Pensamos que te habíamos dado un pasaporte digno de un rey.

Ulises respondió: —Mis hombres me jugaron una perversa pilatuna; lo hicieron mientras yo dormía.

—¡Miserable! —lo increpó Eolo—. Cuanto antes aléjate de nuestras costas: no nos conviene la cercanía de hombres a quienes los dioses odian y que han de perecer.

Se hicieron a la mar, pero con esperanzas muy diferentes que cuando habían zarpado del mismo puerto la vez anterior llevando todos los vientos confinados, y con el viento del oeste empujándolos como si fuese un suave murmullo de brisa en dirección de Ítaca. Se encontraban ahora a merced de cualquier ventarrón que quisiera soplar sobre ellos y caían en la desesperanza de no volver jamás a ver el hogar nativo. Los codiciosos marineros habían quedado curados de su avidez de oro, y ni siquiera lo habrían tocado si se les colocara a sus pies en grandes montones.

Así pasaron seis días y otras tantas noches, y al séptimo día recalaron en Lamos, un puerto de los lestrigones. Tan espaciosa era esta bahía, que podía contener con facilidad la flota entera, que allí fondeó, a salvo de cualquier tormenta, excepto el barco en el que había navegado Ulises. Él, como si fuese un profeta del infortunio que habría de sobrevenir, no se detuvo para anclar en el puerto sino que dirigió su barco hacia una gran roca, y amarrándolo a ese punto trepó el peñasco con la intención de inspeccionar qué tipo de país era aquel. Divisó una ciudad y vio un humo que se elevaba hacia el cielo, pero no avistó señales de labranza, ni bueyes uncidos, ni ningún indicio de labor agrícola. Eligió a dos de sus hombres y los envió a la ciudad para que exploraran qué tipo de habitantes moraban allí. Sus mensajeros no habían llegado muy lejos cuando se encontraron con una muchacha, de estatura muy superior a la humana, que venía a sacar agua de un manantial. Le preguntaron quién habitaba en aquella tierra. La muchacha no respondió, pero los guió en silencio hacia el palacio de su padre, un monarca que tenía por nombre Antífates. Él y toda su gente eran seres gigantescos. Cuando los mensajeros entraron en palacio, una mujer, la madre de la muchacha, aún más alta que ella, salió del sitio apresuradamente y llamó a Antífates.



En cuanto llegó aquel monarca, arrebató del suelo a uno de los hombres e hizo gestos de que se disponía a devorarlo. El otro salió huyendo despavorido. Antífates profirió un potente grito, y al momento empezaron a salir de todas partes multitud de seres gigantescos, que se dirigieron al puerto y comenzaron a arrojar pedazos enormes de roca sobre las naves fondeadas en aquellas aguas, que al recibir el impacto se partían y se hundían al instante. Por doquier flotaban los cadáveres de los infortunados marineros, y a quienes el mar no devoraba aquellos gigantescos caníbales ensartaban con arpones, como si fueran peces, y se los llevaban ensartados para celebrar su pérfido festín. El barco de Ulises, el único de todos que no había entrado en la bahía, logró escapar, y era ahora la sola nave que quedaba de aquella gallarda flotilla que comandada por él había zarpado desde Troya.

Ulises se fue alejando de la orilla, tratando de alentar al apesadumbrado residuo de su tripulación, unos pobres marineros que tras la visión del terrible destino que habían corrido sus compatriotas se veían ahora tan pálidos como el mármol.

Títulos de la serie
LEER ES MI CUENTO

Leer es mi cuento 1
De viva voz
Relatos y poemas
para leer juntos
Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2
Con Pombo y platillos
Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3
Puro cuento
Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4
Barbas, pelos y cenizas
Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5
Canta palabras
Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6
Bosque adentro
Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7
De animales y de niños
Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8
En la Diestra de Dios Padre
Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9
Ábrete grano pequeño
Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10
El Rey de los topos
y su hija
Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11
Los pigmeos
Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12
El pequeño escribiente florentino
Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13
Don Quijote de la Mancha
Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14
Romeo y Julieta
William Shakespeare
(versión de Charles y Mary Lamb).

Leer es mi cuento 15
El patito feo
Cuento de Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16
Meñique
Cuento de José Martí

Leer es mi cuento 17
Cuentos de
Las mil y una noches
Selección de cuentos
de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 18
Cuentos de la selva
Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19
Poesía en español
Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 20
El diablo de la botella
Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Leer es mi cuento 21
Fábulas
F. M. Saramago.

Leer es mi cuento 22
La bella y la bestia
Jeanne Marie Leprince de Beaumont

Leer es mi cuento 23
Por qué el elefante
tiene la trompa así
Rudyard Kipling.

Leer es mi cuento 24
Canciones, rondas, nanas,
retahílas y adivinanzas

Leer es mi cuento 25
Aventuras de Ulises
Homero. Versión de Charles Lamb.

Leer es mi cuento 26
Don Juan Bolondrón
Folclor español.
Fernán Caballero.

Usted puede leer los libros digitales de esta serie en:
www.maguare.gov.co



Este libro cuenta algunas de las más admiradas invenciones de la mitología griega; en sus páginas se narra cómo Ulises, el héroe griego, luchó contra toda suerte de adversidades, y el modo como superó las pruebas más difíciles a las que pueda enfrentarse un ser humano. Sus fundamentos son muy antiguos, se remontan a los orígenes de nuestra cultura.

Esta versión del escritor inglés Charles Lamb, es tal vez la más atractiva entre las muchas que se han escrito a partir de La Odisea.

Yaneth Giha
MINISTRA DE EDUCACIÓN

Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

MINEDUCACIÓN MINCULTURA

ISBN 9789585419551